

La historia global como objetivo permanente

Entrevista a Bernard Vincent ¹

María Luz González

Universidad Nacional de Mar del Plata

—Me gustaría comenzar pidiéndole un resumen de su formación académica.

—Bueno, mi formación tuvo lugar completamente en París, en la vieja Sorbona, cuando todavía no había más que una única Universidad en París, y ahí empecé a interesarme por la Historia de España. He tenido como maestro en la etapa final de mis estudios clásicos de Historia a Pierre Vilar, quien fue el verdadero director de mi tesina ya por los años sesenta.

—¿Qué significa para Ud. pertenecer a un movimiento historiográfico como Annales y, en todo caso, qué corrientes historiográficas reconoce como influyentes en su formación?

—Desde el comienzo de mis estudios fui atraído por el movimiento historiográfico de Annales o por lo que significaba la revista misma, en especial a través de algunos de los profesores que tuve en mi licenciatura; empezando por Ernest Labrousse quien tenía a su cargo la cátedra de Historia Económica de la Sorbona en aquel momento, en la que fue predecesor de Pierre Vilar, y otros profesores, tanto en Historia Medieval como en Historia Moderna, que eran épocas que me atraían y estaban a cargo de quienes, precisamente, tenían vínculos con la revista. Podríamos decir que era toda una generación de profesores jóvenes que han tenido mucha influencia sobre mí. En aquel momento, eso significaba interesarse en particular por la historia económica y social, una historia económica y social bastante clásica tal como se desarrollaba en aquel tiempo; fue el momento cuando se publicaron unas grandes tesis de historia rural en Francia; cuando digo esto estoy pensando, por ejemplo, en la de Pierre Goubert (que ha tenido mucha influencia) y luego en la de Emmanuel Le Roy Ladurie por citar algunas. Este fue el comienzo, pero lo que me interesaba realmente era la historia global (tal como la definía Pierre Vilar) y, finalmente, ése fue el camino que intenté seguir.

—Volviendo a sus años de formación, además de la influencia directa de Annales o tal vez buscando orígenes más lejanos de estas influencias: ¿hay otros referentes que considere decisivos en su carrera?

—Había otra faceta de lo que podía representar Annales que tuvo influencia en mi

formación como profesional en los años sesenta a través del diálogo que se trataba de mantener con otras disciplinas. Ya había intercambios con los economistas pero existía también comunicación con los sociólogos y los geógrafos. La geografía se olvida mucho hoy pero, en los estudios franceses de los años de mi formación, el lazo entre las dos disciplinas, Historia y Geografía, era muy fuerte. Pierre Vilar había tenido una formación como geógrafo antes de la que tuvo como historiador, de manera que yo hice bastante geografía en aquel momento y me interesé mucho por la sociología, en especial por la sociología de Emile Durkheim y su escuela; leí en ese momento autores como Marcel Mauss que tenían notable prestigio. También habría que considerar la influencia que representaba en la época para las ciencias sociales en general –no solamente para la historia– y las repercusiones que tenía para nosotros la enseñanza en la misma Sorbona de Raymond Aron. Su pensamiento tuvo una trascendencia tal que resultaba inevitable reaccionar ante él, a favor o en contra, pero en cualquier caso reconociendo la presencia de una personalidad de gran importancia.

—Respecto de la relación espacio-tiempo a la que aludía: ¿considera que Pierre Vilar supuso un giro decisivo respecto de las propuestas de Fernand Braudel?

—En este tema hay que considerar dos cosas distintas. Por una parte, estaba la obra de Braudel que ha tenido para mí muchísima importancia siempre. Pero, tal como trabajaba Vilar, daba un marco distinto. Braudel abarcaba todo el Mediterráneo, un Mediterráneo que por otra parte cambió bastante en su propia trayectoria, porque cuando leemos las distintas ediciones de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, no es exactamente lo mismo la primera edición y la segunda. Pero, se trataba de un espacio muy amplio. En el caso de P. Vilar, quizás debemos considerar el peso en su práctica historiográfica del paradigma de una historia regional; ése era posiblemente el modelo docente más fuerte de la época. En realidad, yo creo que en los años sesenta tuvo más influencia que el modelo de Braudel en el desarrollo de la formación de muchos historiadores de mi generación.

—¿Por qué eligió la historia de la Modernidad clásica para sus investigaciones entre tantos períodos históricos, y por qué el caso español en particular?

—Para decir la verdad, en un primer momento había pensado trabajar sobre historia contemporánea. Lo que me interesaba era la historia de los movimientos sociales de los siglos XIX y XX; pensaba en realizar trabajos sobre el anarquismo español. Ya me había decidido por la Historia de España que me atraía, porque el país me gustaba, sin que supiera exactamente por qué y cómo; pero tal vez había otras razones...

—¿Razones relacionadas con elementos inconscientes?

—Es posible, porque se dice, aunque nadie me ha traído la más mínima prueba, que por el lado de mi madre la familia es de origen español. Pero, en realidad, no lo sé. Lo

que sí es cierto es que en la comarca donde pasé muchas vacaciones –allí residía mi abuela materna– ella tenía muchos contactos con españoles exiliados de la Guerra Civil que estaban viviendo en la misma ciudad del sudoeste de Francia. Pero, sin duda, la influencia de P. Vilar fue determinante en eso de elegir el campo de la historia española. Había pensado en la historia del siglo XIX y de hecho mi tesina versó sobre Pi y Margall; pero, en aquel momento, el propio Pierre Vilar se mostró partidario de elegir otra época por varias razones. Entre ellas, el hecho de que a mediados de los años sesenta era difícil poder trabajar con documentación inédita sobre temas como el anarquismo; él tenía en ese momento otro alumno que estaba interesado en el mismo tema y que era de una familia anarquista y tenía en su poder papeles al alcance de la mano que pertenecían a su familia o a grupos afines a ella. Teniendo en cuenta esta situación, Vilar me propuso trabajar sobre otros períodos y me preguntó si había otros siglos que me interesaran. Le contesté que podía ser el siglo XVI. Luego, me preguntó qué región me atraía y la pregunta me pareció sugestiva porque era la manera en la cual él concebía hacer una tesis y yo la compartía, es decir, con un tema de historia regional. Entonces, le contesté que me inclinaba por Andalucía porque personalmente no la conocía aún. Me aconsejó la Andalucía oriental porque otra persona estaba haciendo una tesis sobre Andalucía occidental que era el caso de Pierre Ponsot. Empecé de esta manera y hoy podría decir que no me arrepiento de nada.

—En este juego en el que convergen coyunturas y elecciones personales: ¿qué lo impulsó a especializarse en el estudio de las minorías religiosas?

—Por una parte, hay un hecho que es consecuencia de la documentación y en cierto sentido del azar, pues cuando empecé a trabajar sobre la historia de Andalucía oriental fui a Granada a buscar documentos en los archivos y me topé –pensaba trabajar la historia del mundo rural sin tener una idea precisa– con el problema morisco como tema fundamental de la economía y de la sociedad de la Andalucía oriental del siglo XVI. El tema se impuso ya que no se podía abordar un estudio serio de aquella región sin intentar tratar esta cuestión central (sobre la cual descubrí abundante documentación que era de consulta bastante fácil) y sin haber sido particularmente tratada.

Otra de las razones es que a mí siempre me han atraído los problemas de las minorías. Viviendo en París, había visto a mi alrededor gente que venía de muchos lugares distantes, con los problemas consecuentes en su vida cotidiana. En fin, he tenido una vida de militante político y sindical en mi juventud en la cual los problemas planteados por la guerra de Argelia fueron muy importantes.

—¿Dónde se radicaba esa militancia?

—Me afilié a un pequeño partido político creado en los años sesenta, que se declaraba abiertamente por la independencia de Argelia y milité sobre todo en el sindicato estudiantil. Llegué a ser el presidente de los estudiantes de historia durante un año y luego

fui vicepresidente del sindicato a escala de la Sorbona, de toda la Universidad de París.

—¿Fue una experiencia condicionante?

—Sí, una experiencia decisiva pues en esas circunstancias el problema de las minorías era muy importante y sigue siéndolo en la sociedad francesa de hoy, en particular por la presencia de todas las personas que vienen del Magreb o del continente africano en general.

—¿Desde cuándo considera la historia de las minorías instalada en un lugar importante de la producción historiográfica?

—Yo creo que ya desde los años sesenta y setenta en los Estados Unidos el problema de la comunidad negra venía suscitando muchos trabajos. Hay que pensar en lo que representó la obra de Martin Luther King y lo que pudo suscitar. Luego en Europa, podemos decir que hubo muchos trabajos en el conjunto de las ciencias sociales en Inglaterra, Bélgica y Alemania. En Francia, quizá en épocas un poco distintas pero ya en los años finales de la década de los setenta el tema tenía mucha vigencia y tal vez el gran desarrollo data de la década de los ochenta.

—Si volvemos al período de su especialidad, el análisis de las minorías como parte de la sociedad del Antiguo Régimen nos plantea un interrogante relacionado con un debate respecto del funcionamiento de esa sociedad que tal vez hoy haya perdido vigencia, y de la validez de categorías tales como órdenes y estamentos o clases sociales para interpretarlo. ¿Qué categorías considera más apropiadas para explicar la organización social del Antiguo Régimen al abordar este tema? ¿Existen en este momento intentos de convergencia entre las dos corrientes interpretativas?

—La polémica que tuvo lugar a fines de los cincuenta y principios de los sesenta es, efectivamente, un debate ya superado. Nadie pone hoy en duda que la división de la sociedad en órdenes y estamentos ha sido algo fundamental, pero tampoco la división en clases. En fin, se pueden utilizar las dos vías y en muchos de los trabajos recientes de manera implícita o explícita –más a menudo implícita–, los autores utilizan las dos categorías y las dos clasificaciones. En cuanto a las minorías, pertenecen a otro campo. No se trata de intentar saber si las minorías tienen un lugar en la clasificación según los órdenes o los estamentos en un caso o según las clases en otro; el problema es más bien investigar la relación dialéctica entre la sociedad mayoritaria y unas comunidades minoritarias, el intercambio que se produce en todos los aspectos entre el uno y el otro. Uno, que pertenece a la sociedad mayoritaria y que en su vida cotidiana encuentra al otro o a los otros con los cuales forzosamente tendrá intercambios. Entonces, lo que resulta interesante es descubrir los verdaderos intercambios y las miradas por la otra parte, los hechos reales y las representaciones. Yo creo que eso enriquece mucho la visión que podemos tener de la historia social y va más allá de las clasificaciones tradicionales.

—Podemos decir entonces que si las relaciones no tenían lugar a partir de una representación estamental o clasista de la sociedad, tal vez podríamos hablar de unas líneas imaginarias entendidas como fronteras a modo de membranas porosas que separan y relacionan al mismo tiempo.

—Que separan y relacionan, sí. Podemos utilizar la metáfora de la frontera. Precisamente, sabemos que una frontera une tanto como separa pues es lo mismo en cuanto a las sociedades de hoy como a las sociedades de ayer; por eso estudiar las minorías en cualquier momento es interesante, porque podemos ver cómo puede haber unos límites muy marcados entre los unos y los otros pero a la vez esa porosidad en todos los momentos.

—Teniendo en cuenta la voluntad de exclusión que los grupos minoritarios pueden manifestar en algunas oportunidades: la historia de las minorías ¿puede ser una historia de los marginados y/o de los automarginados?

—Para mí, minorías y marginados no son una misma cosa. En un primer momento he podido utilizar las dos palabras, los dos conceptos de manera indiscriminada, pero creo que era un error y hace tiempo ya que estoy prestando atención a la precisión de estos conceptos. Salvo excepciones, los minoritarios no son marginados, no podemos decir que minoritario sea sinónimo de marginado. Hay que estudiar los marginados por una parte y las minorías por otra. En el caso de los marginados, podemos encontrar marginados que lo son porque hay una marginación por parte de la inmensa mayoría de la sociedad; puede haber una automarginación en el caso de algunos grupos y a veces se puede tratar de una minoría. Podemos decir, por ejemplo, que la minoría gitana se automargina en el sentido que adopta valores distintos de la sociedad mayoritaria. Hace veinte años coordiné un libro que era el resultado de unas investigaciones y de unos cursos que se dieron en la Universidad; en un primer momento, estaba previsto titularlo Historia de los marginados, pero finalmente se prefirió Historia de los marginados y excluidos porque yo creo que hay que separar los dos conceptos. Marginados y excluidos no son la misma cosa exactamente, hay que tener en cuenta todos los aspectos, es decir, las prácticas propias de un grupo de marginados o de minoritarios pero, también, la mirada, la aceptación o condena de los demás. Las minorías se definen muy a menudo por ser comunidades de tipo religioso o étnico y por eso cuestionan la sociedad mayoritaria de una manera peculiar. Los marginados se definen más bien a través del área económica y social sin más. A veces, puede haber encuentro entre los unos y los otros pero esto no ocurre forzosamente. Por ejemplo, no diría nunca que los judíos o los judeoconversos de la España moderna eran marginados porque no lo eran; eran minoritarios, lo cual es totalmente distinto. Pienso que estaban económicamente integrados, pero desde el punto de vista religioso y étnico ponían en cuestión la socie-

dad en su conjunto y por eso provocaban, en algunos momentos, en algunas personas, un rechazo que era más sinónimo de exclusión que de marginación. Finalmente, creo que, en cuanto a minorías, podemos utilizar los conceptos de integración o exclusión más que de marginación.

—La depuración de las categorías utilizadas nos lleva a un análisis cercano al utilizado en la historia de los conceptos. En este sentido, en la investigación de las formaciones estatales hay otras categorías que se han relacionado frecuentemente con el estudio de las minorías: disidencia y oposición. ¿Cómo abordar entonces las relaciones entre las minorías y este estado en proceso de construcción permanente que es el estado del “absolutismo”?

—Primero hay que abordar el concepto de absolutismo con mucha prudencia, con mucha cautela, podría ser como un proyecto en permanente construcción. Hablando de esto me estoy refiriendo a trabajos de historiadores del derecho en particular, que tienen tendencia a ver el absolutismo como algo menos presente de lo que muy a menudo lo han pensado los historiadores, pero esto es un tema en sí mismo. En el caso de las minorías, yo creo que sí, que las minorías tienen mucho que ver no tanto con el absolutismo, diría, como con el Estado en formación, el Estado en construcción; es más, en cuanto el Estado tiende a reforzarse, a intentar controlar parcelas más importantes de la sociedad, más se encuentra con el problema de las minorías, porque las minorías ponen en tela de juicio siempre unos valores muy importantes de la sociedad; tal es el caso, por ejemplo, de los judíos y los judeoconversos o de los musulmanes y los moriscos.

En la Historia de España está planteado el problema de la unidad religiosa de manera permanente y, en este sentido, el camino del Estado en su reforzamiento, en su construcción, es una cuestión clave. Luego, en el caso de los gitanos, es la cuestión de la sedentariedad de la sociedad o el problema del trabajo, como valores esenciales a esta sociedad; por eso, las relaciones entre el Estado y las minorías son siempre unas relaciones muy fuertes, a pesar de que a veces respecto de los Estados se trate de comunidades muy reducidas, de unos miles de personas. ¿Qué representan los gitanos desde el punto de vista cuantitativo? Nada, unos miles de personas que son proporcionalmente poco respecto de la población española total; pero, cuestionando valores, son significativos por eso; el Estado está muy pendiente de estas minorías de manera permanente.

—En el caso español, se ha considerado a los moriscos como una minoría inasimilable que resistía y desafiaba uno de los principios perseguidos por el proyecto monárquico en cuanto a la búsqueda de una homogeneidad cultural: ¿considera que esta posición está vigente todavía hoy?

—No exactamente, porque en estos últimos años se ha desatado una polémica sobre estos aspectos. Los últimos trabajos se esfuerzan mucho para demostrar que los

moriscos no constituían un bloque homogéneo, y que entre ellos había grupos asimilados o en vía de asimilación o que buscaban la asimilación. Bueno, también tenemos los mismos debates respecto de los conversos y precisamente la tendencia actual de los investigadores es poner el acento sobre esos aspectos. En el caso concreto de los moriscos, yo comparto esta idea y he dado algunos ejemplos de este fenómeno, pero me parece que no tenemos que ir demasiado lejos y siempre hay que encontrar el punto de equilibrio; los trabajos actuales podrían hacernos decir que los moriscos eran finalmente o muy asimilados o en trance de asimilación en su conjunto, y es lo que dicen algunos de los autores actuales como Francisco Marquez Villanueva, para quien la expulsión no tenía sentido porque, entre otras cosas, los moriscos iban a asimilarse. Creo que la mayoría de los moriscos buscaba el mantenimiento de su identidad y cuestionaba la homogeneidad cultural por consecuencia, y ése es un aspecto válido hasta el momento de la expulsión, es una de las razones para la toma de la decisión que, si bien no es única, es sin embargo importante.

—¿Es optimista respecto de las relaciones de la historia con otras ciencias sociales en la actualidad?

—Sí, naturalmente, estando en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales tengo que ser optimista porque todos los días tengo oportunidad de debatir con antropólogos, sociólogos, economistas, psicólogos y representantes de otras disciplinas. En efecto, hay puntos de trabajo en común y organizamos seminarios sobre algunos aspectos; estoy pensando en iniciativas concretas para el problema de la constitución de las redes sociales, el tema de la conversión o el problema de la negociación; así, existen grupos de trabajo de distintas disciplinas que saben que en este plan hay evoluciones y cambios. Hemos tenido una época entre los años sesenta y setenta cuando trabajábamos de manera preferente con economistas, luego los lazos con los antropólogos han sido muy fuertes y muchos de los trabajos de historiadores venían de reflexiones, de preguntas de antropólogos; al menos en mi campo, que es el de la historia social, diría que hoy tenemos mucho que aprender de los sociólogos en general.

—¿Conoce intentos de un análisis de las minorías desde la microhistoria en alguna de sus vertientes, entendida ya como historia sociocultural, ya como microanálisis en cuanto estudio de las redes de relación que se establecen en una sociedad?

—Naturalmente, hay mucho que hacer en este campo en relación con el estudio de las minorías. Por una parte, porque el mundo de los minoritarios se presta mucho a un estudio sociocultural a la Ginzburg; precisamente, tenemos la documentación necesaria para estudiar el caso de tal personaje o tal otro que estuvo construyendo su espacio de lo que yo defino como un espacio de libertad tal como lo construía Menocchio. Hay muchos moriscos, por ejemplo, que han tomado préstamos a la sociedad mayoritaria; tenemos casos de aculturación y también de sincretismo, y casos de construcción

en todos los sentidos desde el punto de vista cultural. Estoy convencido de que hay bastante que hacer en este plano, pero me resulta más interesante seguir los pasos de Giovanni Levi y ver, por ejemplo, cómo las situaciones son muy diferentes entre pueblos cercanos e intentar reconstruir todo el sistema de relaciones en un pueblo, tanto en el interior de la comunidad morisca como entre la comunidad morisca y todos sus entornos cristianoviejos. No se publica mucho al respecto pero yo estoy convencido de que el camino es esperanzador. A lo que se está apuntando más bien es al estudio de unas figuras peculiares en el sentido de los trabajos de Ginzburg, pero confío en la aparición de trabajos en la otra vertiente. Yo mismo tengo un dossier que me parece sumamente interesante sobre tres pueblos cercanos a Valencia que tienen tres perfiles totalmente distintos y que merecen una atención particular; en eso la microhistoria nos está revelando aspectos a los que hasta ahora no hemos prestado suficiente atención por haber desarrollado los estudios sobre los moriscos partiendo en forma preferente desde el observatorio de la macrohistoria, una macrohistoria, o bien a nivel de todos los moriscos, o bien a nivel de la escala regional. Cambiar de escala es una opción que me parece fundamental.

—¿El cambio de escala implicaría un cambio de las fuentes?

—No forzosamente, porque si tomamos un ejemplo, veremos que nuestros conocimientos han progresado gracias a la utilización de la documentación inquisitorial debido a lo que se ha hecho a escala regional, principalmente. Hoy sabemos bastante bien cuáles han sido las relaciones entre la Inquisición y los moriscos castellanos, valencianos o granadinos. Pero podemos utilizar las mismas fuentes inquisitoriales para hacer un estudio microhistórico. Lo que cambia dentro del marco general de las fuentes es la elección de un tipo específico de documentos que permite entrar en el análisis muy preciso de las personas, de las familias. Lo que hacemos no es tanto cambiar de fuentes sino cambiar la manera de abordar las fuentes, tomar el microscopio para ver lo que es significativo en el interior de cada familia, por ejemplo.

—Si bien los estudios de las relaciones intrafamiliares e interfamiliares de estas comunidades han progresado: ¿se han desarrollado trabajos que privilegien los análisis de las élites de estas minorías, dentro de la jerarquización interna de estas redes?

—Es obvio que el estudio de las élites tiene mucho interés y de hecho se está haciendo. Las élites merecen una atención particular porque permiten ver perfectamente las redes de las relaciones a nivel horizontal y a la vez, vertical. Las élites moriscas casi siempre –sea cual sea su postura, bien de acercamiento marcado a la mayoría o bien de rechazo a ella– continúan y mantienen relaciones intensas con el conjunto de la comunidad morisca; pero, a su vez (más que otros miembros de estas comunidades) tienen contactos, relaciones más o menos intensas con el mundo de la sociedad mayoritaria y, particularmente, con otras élites de acuerdo con un estatuto económico y

social semejante al de ellas.

—¿Qué proyectos se están realizando sobre una historia comparada de estas élites?

—Bueno, sería muy interesante hacer un estudio comparativo de élites judeoconversas y moriscas. No tenemos nada actualmente sobre eso, sólo un pequeño grupo de investigadores estamos estudiando la ciudad de Orán en los siglos XVI y XVII ya que es un caso particularmente interesante, pues se trata de una ciudad que pertenece a España desde el año 1509 hasta el año 1708. Orán es recuperada en 1732 y se pierde, esta vez de manera definitiva, en 1792. Casi durante todo este lapso en Orán han vivido juntamente tres comunidades: cristiana, judía y musulmana. No digo judeoconversa y morisca, sino judía y musulmana; es, por lo tanto, un laboratorio privilegiado para estudiar las relaciones entre las tres comunidades y entre las tres religiones. Finalmente, se expulsó a la comunidad judía en 1669 pero hasta aquella fecha es muy posible estudiar las tres. Esperamos que las investigaciones nos revelen precisamente, entre otros puntos importantes, cuáles eran las relaciones entre las élites de estas tres comunidades. Ahí tenemos un punto de aplicación particularmente válido. Podemos intentar estudiarlas en otros lugares, pero este caso es especialmente interesante.

—El retorno del sujeto, la microhistoria, las nuevas orientaciones historiográficas en general: ¿podrían ser otras de las tantas explicaciones “científicas” exitosas que en la historia se han aplicado a través del tiempo? ¿Las considera modas y como tales pasajeras?

—Las modas son siempre pasajeras por definición. No se trata de estudiar el sujeto o de hacer microhistoria simplemente porque hoy está de moda o para tener más eco, eso no tiene interés. La microhistoria y la biografía tienen importancia porque desde el punto de vista metodológico nos permiten analizar la sociedad de una manera distinta; no digo más profunda forzosamente; distinta de la practicada anteriormente, lo cual constituye un progreso porque conocemos mejor la sociedad del siglo XVI o del siglo XVII gracias a esos estudios microhistóricos. Sin embargo, estoy convencido de que la microhistoria no se puede aplicar a cualquier caso y que lo importante no es la microhistoria en sí, no es la escala en sí, es el cambio de escala a la manera del fotógrafo que cambia de lente. Una lente muy precisa puede solucionar algunas cuestiones al entrar en los detalles, pero hay que intentar solucionar otras con unas lentes de tipo más general que permitan valorar grandes conjuntos. Esa confrontación entre distintas miradas es la que nos permite tener certidumbres más sólidas.

—Existe un peligro que puede condicionar las investigaciones históricas en general y, de modo especial, las relacionadas con las minorías, los actores sociales que han sido silenciados o la alteridad. Estos temas tienen una fuerte relación con el presente. Los

historiadores ¿corren el riesgo de convertirse en meros legitimadores de la realidad seleccionando el pasado en función del presente?

—Naturalmente no es un aspecto privativo de este campo. El peligro del anacronismo, por ejemplo, existe siempre. Lo que sí es verdad es que cuando abordamos el campo de las minorías se desatan discursos que tienden simplemente a aplicar al pasado análisis de situaciones contemporáneas. Hay que tener mucha cautela al respecto. Un ejemplo que me parece bastante ilustrativo es el empleo que hacemos de la palabra tolerancia. Hablamos de tolerancia en todo momento. Y hablamos de la tolerancia de sociedades en el siglo X, el siglo XII o el XV. Tenemos que manejar estos conceptos pensándolos de manera profunda y yo creo que no hay que emplear la palabra tolerancia antes del siglo XVIII. Y si se emplea, al menos tendríamos que utilizar comillas y explicar de qué tipo de tolerancia se trata, porque en las sociedades medievales, particularmente en la sociedad española, vivían juntas varias comunidades religiosas y se ha construido el mito de una sociedad donde tres religiones no conocían ningún roce.

—¿Tal como lo enunciaba Américo Castro?

—Se puede hablar de tres religiones o de tres comunidades y tener en cuenta que sus relaciones podían ser buenas, pero cada uno tenía una conciencia muy aguda de la superioridad de su propia comunidad, no se trataba de reconocer al otro tal como estaba. Eso no surge antes del siglo XVII y se consolida con la Ilustración; de modo que debemos recorrer todo un camino muy complejo que nos conduce a la tolerancia tal como la entendemos hoy. A pesar de esto, cuántos trabajos hay que mezclan los períodos y también los conceptos produciendo un discurso que vemos muy a menudo en la prensa de hoy, que es un abuso absoluto.

—Tal vez utilizando la imagen de Henry Kamen cuando hablaba de los caminos hacia la tolerancia, con más exactitud Los caminos de tolerancia, se podría discutir esta categoría de análisis. ¿Preferiría entonces utilizar convivencia o coexistencia en función de una necesidad mutua?

—La palabra convivencia me gusta mucho, tanto que la utilicé en francés haciendo un neologismo. Me gustaría imponer la palabra convivance, la cual significa precisamente vivir en el mismo lugar, el vivir de varias comunidades que tienen muchos contactos y en consecuencia muchos intercambios.

—Que no eran necesariamente pacíficos...

—No necesariamente pacíficos, sino pacíficos y conflictivos a la vez, pero este vivir juntos, vivir con los demás, me parece una de las características de la Edad Media en muchos lugares y en particular en España, y es una etapa importante en las relaciones de las comunidades. Pero hay un cambio –según los países, la coyuntura no es la misma

y tampoco la cronología—. En los siglos XV y XVI hay una etapa distinta marcada por el enfrentamiento, el rechazo, la exclusión, y es a partir de esta etapa que está surgiendo el mundo que conocemos hoy. Es decir, emerge el concepto de tolerancia, y entonces la relación entre las comunidades participa de un nuevo modelo bastante reciente; por lo tanto, para épocas anteriores prefiero el término de convivencia que me parece más acertado.

—¿Qué balance haría del hispanismo francés a fin de siglo?

—El hispanismo francés es el más denso del mundo. Con esto quiero decir que en cifras no es el más importante del mundo, pues el norteamericano debe tener más representantes, pero si comparamos las dimensiones de los territorios nacionales podemos decir que sí es el más denso. Posiblemente, es el que tiene más centros activos. En Estados Unidos los hispanistas —hablo de historiadores— están muy dispersos. En Francia, existen hoy numerosos centros de investigación. Es un hispanismo en expansión por una razón muy sencilla: está fundado en que el aprendizaje de la lengua española ha progresado mucho en la Francia de estos veinte o veinticinco últimos años. El idioma español es la segunda lengua dentro de las aprendidas por los alumnos en los institutos después del inglés. Cada alumno tiene normalmente que aprender dos idiomas: el primero, a partir de los once años, es el inglés, que está dominando de manera absoluta. Luego, a partir de los trece años se aprende un segundo y el primero de estos segundos idiomas es el español. El alemán fue el primero durante bastante tiempo, pero desde hace aproximadamente veinte años el español está en ese lugar. Como es natural, esto genera más conocimiento de la lengua y más interés por España en general, y sobre esta base el hispanismo ha progresado mucho. Me refiero a los estudios históricos, porque hay una definición más amplia de hispanismo que abarca todos los aspectos y en particular los vinculados a la literatura y lingüística, que también son importantes pero esto lo dejo aparte.

—Muchas veces se tiende a identificar a los hispanistas con los especialistas en lengua y literatura...

—Sí, y de hecho los que están en departamentos de lengua y literatura tienden a pensar que representan todo el hispanismo, pero en estos ámbitos desde hace ya quince o veinte años se viene gestando una corriente de interés creciente hacia el campo histórico. Muchos de los jóvenes investigadores que se han formado en departamentos de lengua, literatura y civilización españolas —tal es el nombre completo—, hacen civilización, lo que significa de hecho que sus tesis versan sobre historia. Civilización es casi sinónimo de historia, con la inclusión de historia del arte. De esta manera, el estudio de la historia de España progresa ya que en los departamentos de Historia se mantiene el interés por la historia española en los casos mencionados. Los especialistas son relativamente pocos pero tienen presencia en todo el territorio y en todas las Universidades

francesas; así, este campo se va reforzando. Esta evolución se puede constatar a través de las numerosas publicaciones sobre el tema. Es importante destacar que el interés por España en la sociedad francesa es mayor que en épocas anteriores, lo cual facilita la publicación de libros y artículos porque hay una demanda mayor que la promueve.

—¿También contribuye en este proceso el hecho de que exista una relación más fluida entre los centros académicos españoles y franceses en los últimos años?

—Naturalmente. Yo me acuerdo de mis primeros pasos en la época del franquismo cuando las relaciones eran muy limitadas. Hoy, muchos españoles van a estudiar al exterior y entre otros lugares pueden ir a Inglaterra o a Estados Unidos; pero muchos van a Francia a pasar meses o años y en forma recíproca son muchos los franceses que van a España con cierta continuidad.

—¿Qué proyectos lo ocupan actualmente?

—Ya he hablado del caso de Orán que en cierto sentido es una continuación y una ampliación de trabajos anteriores. Pero tengo otros proyectos y, entre ellos, uno sobre la historia del trabajo. Hace algunos años me interesé por la historia de la esclavitud porque me di cuenta que el fenómeno era importante en la España de los siglos XVI y XVII y había sido un tema mal estudiado, de modo que le dediqué varios años de mi seminario. Pero a medida que pasaba el tiempo y completaba el estudio que debía culminar en un libro sobre la esclavitud en España desde finales del siglo XV hasta el siglo XIX, advertí que había que plantear la cuestión en otros términos y abordar el gran problema de la dependencia, ya que los esclavos representan un sector muy especial de este amplio mundo de la dependencia. Entiendo por dependencia la situación en que se encontraban todos los trabajadores que dependían de otras personas en el mundo cuando la inmensa mayoría ya eran seres económicos libres, tanto campesinos como artesanos o mercaderes. Sin embargo, una parte de la población seguía siendo dependiente y la conocemos muy mal. Tomemos el caso de ciertas categorías de campesinos, jornaleros u otros. ¿Qué sabemos de ellos? En realidad muy poca cosa. Luego, hay un amplio abanico de situaciones; por poner un ejemplo, pienso en el mundo de los criados en general, sobre el cual no hay nada o casi nada excepto algún trabajo interesante sobre el siglo XVIII de Carmen Sarasua que debe ser casi el único. Los criados y el mundo de los criados es muy amplio. En este sentido me propongo estudiar el concepto de dependencia y las distintas categorías que existen en relación con este concepto. También me parece significativo el caso de los niños abandonados (que de hecho están encomendados, como dicen los documentos). ¿Quiénes son los encomendados? ¿Qué hacen? ¿Qué representa esta categoría? Encontramos, por lo tanto, una serie de categorías muy interesante a la que se ha prestado escasa atención y que constituye un posible campo que voy a desarrollar en los próximos años. Por otra parte, pertenezco a un grupo que se ha conformado para la investigación de las misio-

nes religiosas en el mundo a partir de las misiones ibéricas. Es un equipo integrado por una decena de personas, la mayor parte jóvenes, que está realizando una labor basada en el análisis de las misiones de distintos órdenes, comparando agustinos, dominicos, franciscanos, carmelitas y jesuitas; sabiendo, desde luego, que lo que conocemos mejor son los jesuitas, porque es la orden que ha dejado más papeles y es más fácil de abordar pero, aún, queda mucho por hacer sobre la compañía. Es diferente el caso de las otras misiones a las que conocemos mal en la época moderna; entonces, se trata de comparar entre todas ellas y también entre zonas geográficas. En este caso quiero comparar –y es algo que me ha preocupado siempre– las misiones del mundo americano con las del europeo. Se ha pensado muy a menudo –en Asia o en América– que las misiones fueron creadas para esos territorios. Pero había misiones con anterioridad en el mundo europeo y siguieron existiendo a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. Luego, me propongo comparar qué se entiende por misión en una área o en otra, qué relaciones hay entre los modelos de ambas y cómo se establece la circulación de influencias. Tomemos un ejemplo: es muy interesante comprobar que en la época se empleaba la frase “son unas Indias, unas grandes Indias” con respecto a Galicia, Sicilia o los Alpes. Por último, tengo un proyecto de microhistoria aplicada a un pueblo de la Andalucía oriental al que voy a dedicar seguramente muchos años, porque es una tarea ardua y larga. Intentar reconstruir todo el sistema de relaciones durante 60 ó 70 años (en el período 1560-1630) para desentrañar qué procesos se desarrollaron en el lugar como consecuencia de la repoblación después de la expulsión de los moriscos en 1570, cómo una población asentada con anterioridad recibe a los repobladores y cómo se organiza la constitución de una nueva sociedad a una escala microhistórica.

—Para finalizar, una pregunta que pretende un diagnóstico, si bien sé que es muy difícil hacerlo en este sentido. Pierre Vilar proponía una historia en permanente construcción. Ahora bien, en la actualidad las incertidumbres teóricas, la desmitificación de los paradigmas, la búsqueda de nuevos objetos, la relativización y el eclecticismo metodológico se unen a una multiplicidad de temas que parece haber llevado a una fragmentación casi definitiva de las investigaciones históricas. ¿Piensa que esto significa el abandono de aquellas aspiraciones por la historia global tal como las enunciaba Pierre Vilar?

—No, porque si bien es verdad que estamos abrumados por las propuestas de estudios que parecen arrinconados en unas parcelas aparentemente extrañas las unas a las otras, somos eclécticos y eso tenemos que admitirlo.

—El eclecticismo ¿no es hoy una posición criticable?

—No necesariamente, por lo tanto es posible hacer buenos estudios recurriendo todavía a Marx o a Weber.

—También recurriendo a Marx y Weber...

—También a Marx y Weber, naturalmente. Me acuerdo precisamente de un artículo de P. Vilar poco conocido, que es muy interesante empezando ya por su título: "La historia después de Marx, la historia después de Freud". En fin, no soy pesimista en cuanto a la historia global y creo que yo personalmente no he abandonado nunca este objetivo como posible. Reconozco que no es nada fácil pero, aunque suene contradictorio, con la microhistoria se puede hacer historia global. Insisto diciendo que hay que cambiar de lente simplemente para observar otras facetas de la misma realidad, pero ésta es la cuestión: se trata de la misma realidad. Por último, creo que podemos analizar de manera interesante la sociedad, el ámbito de un pueblo, ver quién maneja el poder, cómo está fundamentado, cuáles son las intrigas entre unos y otros, y analizar al mismo tiempo el tejido social en distintos planos desde el punto de vista económico, social y cultural. Se puede conseguir una historia global quizás de manera tan inteligente como se puede hacer desde un enfoque macrohistórico. Sin duda, una visión no implica la eliminación de la otra, sino que tenemos que proponernos multiplicar los intentos para estudiar la realidad desde puntos de vista distintos y estar atentos a las iniciativas que producen

Notas

¹ El Dr. Bernard Vincent es en la actualidad Director de Estudios en el Centre de Recherches Historiques de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Es autor de numerosos artículos y libros. Entre ellos señalamos: Dominguez Ortiz, y Vincent, B. Historia de los moriscos. Madrid, 1978. Vincent, B. Minorías y marginados. Granada, 1987. Vincent, B. 1492, el año admirable. Barcelona, 1992.